

Víctima

Cuando la noticia de la muerte del hijo de Franklin se dio a conocer, los medios se hicieron eco al instante de los pormenores del suceso, incluso los detalles más escabrosos. Las diferentes hipótesis rondaban los programas periodísticos, se habló de homicidio, de asesinato por parte de la familia, pero la versión que más resonó fue la del atentado. Hay que reconocer que fue, por lo menos, una muerte sospechosa. Que haya habido una explosión en la playa privada de Punta del Este del empresario más importante de los últimos tiempos, con una fortuna de varios millones, no es muy común. El pibe tenía doce años pobrecito, yo supongo que la bomba estaría destinada al padre y no a él, no creo que exista alguien tan hijo de puta como para matar deliberadamente a un niño.

Valdemar Franklin, comenzó su carrera laboral hará cerca de veinte años, luego de llegar a Argentina desde su Venezuela natal. Comenzó como asistente de un estudio contable, y pronto fue escalando en la vorágine de la city porteña. Trabajó en una financiera, lavó dinero de los poderosos y, con varios millones en su haber, fue blanqueando su imagen para ser hoy en día un respetado y sin cuestionamientos empresario del espectáculo. Su hijo Teófilo de apenas doce años, era todo un pendejo malcriado e insoportable, ya dominaba a la perfección el arte del maltrato a la servidumbre. Varios de los empleados de la familia sintieron una mezcla de culpa, tristeza y de oculta alegría, que una especie de justicia divina se había encargado de aquel pendejo que solía arrojarles la comida por la cabeza, insultarlos y golpearlos sin escrúpulos. De todas maneras era evidente que el supuesto atentado, si es que realmente hubiera habido uno, estaba destinado al padre.

Los posibles móviles del crimen eran varios, todos relacionados a lo económico. Venganza, arreglo de cuentas, existía el rumor sin comprobar de que el empresario estaba relacionado con el tráfico de drogas y hasta de armas. Incluso alguna de las cuatro ex esposas de Valdemar podría haber intentado algo, teniendo en cuenta que las dejó en la pobreza a cada una de ellas.

Los expertos comenzaron las investigaciones, casi como un ciego, fueron tanteando hasta encontrar algo. Se pudo saber que en los momentos cercanos al atentado un yate fue avistado en las inmediaciones de la costa. Se cruzaron datos satelitales y de prefectura naval, hasta que finalmente se conoció la bandera de la nave, colombiana. Faltaban las pericias sobre el objeto explosivo, pero los profesionales ya barajaban una nueva posibilidad. Aparentemente se trataría de un atentado de parte de narcos colombianos, un arreglo de cuentas, se podría haber utilizado un lanzagranadas o una bazuca. Las embajadas de ambos países no pudieron evitar las difíciles preguntas que debieron desmentir insistentemente.

Algún medio de comunicación recordó la antigua amistad del empresario con el ex presidente Menem, imputado por una causa de venta ilegal de armas a Croacia. Los diarios y noticieros de televisión invadieron las pantallas con imágenes de estas dos personas juntas, dándose las manos en una antigua reunión en la embajada. Ya está, dijeron los supuestos expertos televisivos, eso explica todo. Era un arreglo de cuentas de un grupo mafioso Croata independentista, aunque si bien todavía faltaban las pericias sobre el aparato explosivo, casi estaba resuelto para los medios.

Finalmente luego de una semana de estudios, análisis de fragmentos, trayectoria de metralla y demás, los peritos determinaron que el objeto explosivo databa en su fabricación alrededor de los años setenta. La gente comenzó a rumorear que seguramente los responsables de la barbarie habían sido rebeldes talibanes, o de las F.A.R.C. colombianas, ya que estos movimientos suelen usar armas antiguas rezagos del ejército soviético. Los expertos en balística no pudieron determinar exactamente el origen, lo que despertó más incógnitas que certezas.

Lamentablemente, a pesar de todas las hipótesis planteadas, ni los periodistas, ni los peritos en balística, ni la gente, ni el FBI que colaboró en la investigación pudieron descubrir una pista importantísima que arribó a la playa un mes después del incidente, que hubiera brindado un haz de luz sobre la causa. La marea llevó a la costa un casco militar verde, con una bandera argentina pintada y una inscripción tallada en la pintura con un objeto punzante, "Las Malvinas son nuestras". Así fue como ése niño de solo doce años se convirtió, a más de treinta años después de su finalización, en el último muerto de una guerra inútil.